

La problemática de la comparación en la Historia

María Leonor Milia y Claudio Lizárraga •
Universidad Nacional del Litoral

Resumen

La metodología comparativa en la Historia no puede distanciarse de su estrecha relación con las otras Ciencias Sociales: desde diversas modalidades de abordaje, están hoy explorando y abriendo espacios integradores. La necesidad de explicar fenómenos complejos recurriendo a las lógicas analíticas de disciplinas que comparten como terreno común los procesos sociales en el tiempo, requiere formar equipos de trabajo como instancia generadora del enriquecimiento de los planteos. Así, el mundo griego ofrece grandes posibilidades para estudiarlo con una mirada integradora y analizar sus diferentes expresiones desde la perspectiva de la literatura, la historia del arte, la ciencia política, la antropología, la sociología, la filosofía, entre otras.

12 13

Tampoco puede construirse un análisis válido de los procesos históricos pasados, independientemente de las inquietudes, preguntas y problemas que nuestro mundo globalizado y cambiante estimula en el historiador y en quienes desde distintos ángulos estudian lo social.

Enfrentamos el desafío de integrar multidisciplinariamente el conocimiento a través de una metodología comparativa rigurosamente definida, que permita comprender los procesos socioculturales en la Historia, en los cuales cobra sentido el análisis de las fuentes. Frente a este horizonte metodológico nos situamos para abordar —dentro del amplio proceso de la civilización grecorromana— las *Vidas Paralelas*.

Palabras clave:

· Historia · comparatismo · Ciencias Sociales

• *María Leonor Milia: profesora de Castellano y Ciencias Sociales (UNL), Profesora de Historia (UNR) y Especialista de Posgrado en Historia Social (UNL). Es docente e investigadora de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral, donde se desempeña como profesora Asociada ordinaria en la cátedra de Sociedades Mediterráneas y como Adjunta en Historia Americana II, ambas de las carreras de Licenciatura y Profesorado en Historia.// Claudio Horacio Lizárraga: profesor de Historia (UNL). Decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias y docente e investigador en la misma unidad académica, donde se desempeña como Profesor Adjunto ordinario en las cátedras de Sociedades Mediterráneas y Antropología. Docente en la Universidad Autónoma de Entre Ríos (UADER) en la asignatura Espacio y Civilización II.// Ambos autores participan activamente en Congresos de la especialidad y han publicado, en forma conjunta como individual, sobre temáticas referidas a su campo de estudio. Desde hace varios años investigan en el área de los estudios clásicos. Actualmente participan en el Proyecto CAI+D 2009 Perspectivas comparadas para el análisis de la obra de Plutarco de Queronea, perteneciente al Programa Memoria cultural, construcción social y perspectivas comparadas, dirigido por la Mag. Adriana Crolla.*

Abstract

The comparative method in History cannot be separated from the a broader problem posed by its close relationship with methods adopted by other Social Sciences, which through different approaches are now creating and exploring integrative spaces. The need to explain complex phenomena with recourse to the analytical rationale of other disciplines which share with History the study of social processes in time requires the constitution of work teams as a means to enrich formulations. Thus, the Greek world allows for an integrative gaze and for the analysis of different expressions from the perspectives of literature, art history, political science, anthropology, sociology and philosophy, among others.

It is not possible to construct any valid analysis of past historical processes without considering the concerns, questions and problems which our globalized world awakens in the historian and in those who study social issues from other angles.

We face the challenge of producing a multi-disciplinary integration of knowledge through an accurate comparative methodology which may allow us to understand cultural processes in history, processes in which the analysis of sources is made meaningful. This is the methodological horizon against which we position ourselves to approach, within the broad process of Greco-Roman civilization, *Parallel Lives*.

Key words:

· History · comparatism · Socials Sciences

La Historia, una ciencia social

La palabra *Historia* encierra una ambigüedad: por un lado, se refiere a lo que hacen los seres humanos viviendo en sociedades diferenciadas en el espacio y en el tiempo, y por otro, a la construcción de la reflexión y del saber sobre esa misma vida social. Como señala Marc Bloch, uno de los mayores historiadores del siglo XX:

el objeto de la historia es esencialmente el hombre. Mejor dicho: los hombres. Más que el singular, favorable a la abstracción, conviene a una ciencia de lo diverso el plural, que es el modo gramatical de la relatividad. Detrás de los rasgos sensibles del paisaje, de las herramientas o de las máquinas, detrás de los escritos aparentemente más fríos y de las instituciones aparentemente más distanciadas de los que las han creado, la historia quiere aprehender a los hombres (...) “Ciencia de los hombres”, hemos dicho. La frase es demasiado vaga todavía. Hay que agregar: “de los hombres en el tiempo”. El historiador piensa no sólo lo “humano”. La atmósfera en que su pensamiento respira naturalmente es la categoría de la duración. (1957 24 25)¹

La duración y el cambio, dialécticamente entrelazados, son facetas inseparables del tiempo histórico, que es “el plasma mismo en el que se bañan los fenómenos”.

La historia de la Historia es muy larga y está estrechamente ligada a la inquietud de los seres humanos por reflexionar sobre su destino colectivo.

En la Antigüedad, las sociedades profundamente *heterónomas* del Cercano Oriente buscaron ese sentido y las normas que rigen la conducta social, por la vía de los mandatos divinos, transmitidos a los humanos a través de la palabra de los dioses y plasmada en las leyes impuestas por el rey —como en la Mesopotamia—, o en la revelación de la palabra de Yahvé al pueblo elegido, a sus patriarcas y profetas, registrada en los libros del Antiguo Testamento.

El proceso histórico de los griegos, en cambio, fue avanzando hacia una sociedad *autónoma*, una sociedad que busca en sí misma las normas que la rigen, las construye y las cuestiona.² Los griegos fueron los primeros que se preguntaron por el sentido de las acciones puramente humanas, y ya llegados al siglo V a.C., lograron diferenciarlas netamente de las intervenciones de los dioses. Y quisieron dejar constancia escrita de ello: fueron los precursores de nuestra disciplina.

14 15

La Atenas del siglo V sería así el primer caso de emergencia del proyecto de autonomía de una sociedad que encuentra su razón de ser en sí misma y en la cual aparecen también por primera vez, actores sociales que son “individuos realmente individuados”. La ruptura se expresa en la democracia, en la *polis* que —en tanto cuerpo de ciudadanos— se cuestiona a sí misma, dicta sus leyes, discute su destino y forja a esos “individuos socialmente fabricados”, los *politai*; se expresa también en el mundo de representaciones simbólicas que construye. (Castoriadis 195 196). Sus limitaciones —su peculiar concepción de la libertad, la exclusión de las mujeres y los esclavos— no oscurecen su enorme potencial creativo ni su carácter de radical innovación en los procesos históricos de la humanidad.

La ruptura se expresa también en el nacimiento de la Historia. Así, Heródoto de Halicarnaso (484–428 a.C.), al componer sus *Historias*, dio comienzo a nuestra disciplina. “Historia” significa originalmente investigación, pesquisa, búsqueda, destinada según él, a asegurar la permanencia en la memoria colectiva de lo que hicieron griegos y persas, a comprender sus causas, pero si bien suele nombrar a los dioses, con la conciencia de que el curso de los acontecimientos está en manos de las decisiones tomadas por los seres humanos. En la búsqueda de testimonios, en la reflexión sobre esas acciones humanas, él se constituye en el fundador del oficio de historiador.

Su obra es mucho más que una simple narración. Aquella experiencia colectiva que las guerras Médicas significaron para los griegos, creó las circunstancias para la reflexión sobre el sentido de los conflictos entre los hombres, conflictos desarrollados ya no en un tiempo mítico indefinido, sino en el tiempo realmente vivido por ellos. Una reflexión construida ya no desde el mito sino a partir de la razón, del *logos*, pero también condicionada por la experiencia inmediatamente posterior a los hechos, que transforma y reposiciona diferentemente a las *poleis*. Al pertenecer a la generación siguiente a las guerras, a la vez que rastrea las causas en su pasado reciente, prácticamente está haciendo historia contemporánea, pues como todo historiador, su pensamiento está condicionado por su presente y por su experiencia social.

Desde su ciudad de origen en las costas del Asia menor y luego en sus viajes por el Imperio Persa y el Mediterráneo oriental, su mirada curiosa observa las diferencias geográficas y culturales, recoge y compara testimonios, registra la “otredad” y se constituye también en precursora de los estudios antropológicos. La identidad griega emerge en el contraste con la alteridad persa: ambas identidades

se construyen opuestamente. Atenas democrática es la polis que, a sus ojos, mejor encarna la libertad griega, por oposición al despotismo del Imperio Persa (Milia, Lizárraga 2008 65 66).

Algo más tarde, Tucídides (460–454 a. C.), lleva a fondo la reflexión racional sobre las acciones humanas. Plantea sus interrogantes a partir de lo que para él es la historia contemporánea, personalmente vivida y en la que ha desempeñado un papel activo: las guerras del Peloponeso, largo conflicto entre las *poleis* griegas que desemboca en la derrota de Atenas y en un proceso que llevará más adelante a la desarticulación de la polis como marco de la vida social.

El camino para llegar a la verdad es arduo: requiere una metodología, la búsqueda e interrogación a los testigos, la comparación crítica de los testimonios, la confrontación de posiciones opuestas. Si bien su pertenencia social, su condición de ateniense y su concepción política condicionan sus conclusiones, quedan en pie su exigencia de rigurosidad en el tratamiento del testimonio y del encadenamiento de las causas, y la convicción de que los sucesos humanos pueden ser develados mediante la razón. Los dioses ya no juegan ningún papel en la explicación del devenir.

La reflexión filosófica también tuvo su espacio en el marco de esa sociedad autónoma, y cumplió un rol relevante en el avance del pensamiento racional, problemática de la que no podemos ocuparnos aquí. Sin embargo, la historia fue subestimada por los filósofos, porque desde su punto de vista, no se trataría de un verdadero conocimiento, ya que se ocupa de lo particular, al contrario de la filosofía, que trata de lo universal. Aristóteles es un ejemplo de ello, aunque lo dicho no impide valorar sus aportes testimoniales —la *Política*, la *Constitución de los atenienses*— sumamente útiles al historiador (2008 86 87).

Siglos después del aporte fundacional de los griegos, también los romanos procuraron registrar y explicar su pasado. Sin embargo, los condicionamientos y la interpretación estrechamente entrelazados con su presente, marcaron sus relatos con el explícito y siempre subyacente propósito de legitimar la guerra de conquista, el poder y la dominación imperiales. Incluso en sus relatos sobre los tiempos tempranos de Roma, la intervención de los dioses contribuye a legitimar un pasado modesto y oscuro, y a prestigiarlo en función de las necesidades del presente. En síntesis, una historiografía en la que cobran relevancia los grandes líderes militares y políticos junto con ese actor colectivo que es el pueblo romano, en la que se advierte una estrecha vinculación entre el poder del estado, los sectores dirigentes y la ideología que los legitima.

Hasta aquí nos hemos detenido en las etapas fundacionales de la historia —como modalidad específica de reflexión y conocimiento—, y de la historiografía en la que aquella se expresa.

Un largo recorrido las separa del saber que se transformó en una disciplina que alcanzó su estatuto científico después de mediados del siglo XIX, cuando definió un objeto propio, sus fuentes y su metodología. A partir de la crítica de textos (ya preparada previamente en lo metodológico por la filología clásica), se planteó reconstruir los propósitos de los grandes actores individuales de la Historia y creyó posible llegar a mostrar “cómo el pasado ocurrió realmente”.

Tanto en la corriente *historicista* alemana, como en la *positivista* de origen francés, la disciplina restringió su campo de trabajo al estudio de los acontecimientos,

fundamentalmente de carácter político, militar o diplomático, los que sobre la base de una exhaustiva constatación de su veracidad, podían ser ordenados lógicamente y cronológicamente. El devenir histórico se expresaría así en esa sucesión de acontecimientos y la Historia sería sobre todo, política, militar y diplomática, construida sobre el trasfondo de la consolidación de los Estados nacionales, procesos entonces en plena expansión en el mundo europeo.

Esta concepción de la Historia centró su atención en el papel de ciertos individuos destacados, otorgando un rol protagónico a monarcas, jefes militares, pensadores, en fin, a los “grandes hombres”, a los “próceres” en torno a los cuales podía escribirse la Historia, una historia que consistió más en relatos biográficos que en el análisis de las sociedades o de sus procesos de cambio y transformación.³ Es una concepción que encierra implícitamente explicaciones monocausales, simplistas, que pretenden dar cuenta de fenómenos complejos a través de la exposición de una sola causa: “la causa”.⁴

16 17

Hoy somos conscientes de que tanto el objeto de estudio de la Historia como las herramientas utilizadas por el historiador, se construyen a lo largo del proceso histórico y ya no son los mismos. El conocimiento histórico plantea problemas y es siempre inacabado. Ya nadie puede suponer que pueda encontrárselo de una sola vez y en forma completa en un archivo o en una serie de textos.

Es un conocimiento que se construye y esa construcción depende del rol protagónico asumido por el historiador, quien tiene como punto de partida una pregunta, una inquietud, el planteo de un problema, zona oscura de la realidad que debe ser iluminada. La pregunta exige a su vez una respuesta provisoria, una explicación tentativa: una hipótesis, que le permitirá buscar la información necesaria para su verificación, elegir los conceptos que ayuden a explicarla y comprender las relaciones que ello implica.

El problema y la hipótesis constituyen la guía en la búsqueda de una explicación, de una respuesta. En el proceso de conocimiento, ambos llevan no sólo a la construcción del objeto de estudio, sino también de los propios datos que permitirán su investigación, datos que el historiador extrae de los variados testimonios que ha dejado la presencia humana, y que se convierten en “fuentes históricas”.

Un testimonio histórico es todo aquel rastro que permita dar cuenta del pasado. En la concepción decimonónica de la Historia sólo se consideraban valiosos y fiables los textos escritos de tipo documental, dejándose de lado cualquier otro género de evidencias. En cambio, hoy cualquier resto de la acción del hombre, en cualquier esfera o campo de la realidad, es un testimonio, y potencialmente una fuente de información.

En el caso de las sociedades del mundo antiguo grecorromano, contamos con una gran diversidad de testimonios, desde los restos arqueológicos hasta las obras más destacadas de las artes plásticas, la historiografía, la filosofía y la literatura clásicas. Pero también, y con mucha frecuencia, nos veremos ante su escasez o ausencia, su fragmentación o deterioro, así como con las dificultades para comprender el sentido de los textos.

En todos los casos, el testimonio alcanza su inteligibilidad en tanto es un producto de una sociedad, un tiempo y unas circunstancias dados, y no puede ser aislado

de estos condicionantes. Lo antes dicho no es obstáculo para que, en la riqueza de los textos griegos y romanos, podamos y debamos registrar aquello que hace a la originalidad de un autor, de un género literario o a los matices significativos de la lengua en que escriben.

El análisis histórico entraña, pues, una serie de dificultades para el historiador y más aún para el que se ocupa de la Antigüedad, puesto que muchos de los conceptos y categorías de análisis que utiliza han sido contruidos en etapas o momentos históricos muy posteriores y diferentes a los que se quiere estudiar, o bien han adquirido otros significados. Nos referimos, por ejemplo, a *clase social, órdenes, género, modo de producción, formas de trabajo dependiente no esclavistas, esclavo, sistema esclavista, economía de palacio*.

En este aspecto, la Historia comparte una problemática común a todas las Ciencias Sociales: los conceptos y categorías de análisis de que se valen como herramientas están cargados de historicidad: su contenido semántico es cambiante pues la dimensión temporal afecta su significado. Expresados en palabras de larguísima trayectoria en las lenguas de raíz greco-latina y/o germánica, yacen en textos de todo tipo y requieren una constante resignificación en relación con el contexto histórico y/o la problemática específica a la que se refieran.

Los ejemplos serían inagotables. Con sólo tomar en cuenta el léxico de lo que hoy son las ciencias políticas, se pone en evidencia que una parte considerable proviene del que usaron griegos y romanos que reflexionaron sobre el poder y que inclusive tuvieron una participación activa en la política de sus respectivos tiempos. Son términos cargados o “indexados” con una connotación, esa “referencia tácita” proveniente de sus propios orígenes históricos: *monarquía, aristocracia, oligarquía, tiranía, democracia, demagogía, hegemonía, dictadura, magistratura, república, ciudadanía, libertad, ley, institución, príncipe, imperio, dominación* y tantos otros, hasta el propio nombre de la política. Estos sustantivos permanecen y se han incorporado a las lenguas modernas. Su significado cambia (aunque no tanto como para que desaparezca toda conexión con el sentido de origen); cambia no sólo a lo largo de los procesos históricos, sino en sus usos entre nuestros contemporáneos, de lo cual no siempre se es del todo consciente. Cambia incluso hoy en el uso cotidiano, en la publicidad y en la política de nuestros días. Hurgar en el por qué de este fenómeno nos llevaría hasta lo más profundo de las estructuras sociales, los diversos niveles de la temporalidad y las vinculaciones entre enunciados, enunciadores y relaciones de poder.

Los nombres designan. Ello lleva a reflexionar sobre su contenido conceptual y en cada caso, sobre los deícticos no enunciados expresamente y sus resignificaciones, así como sobre su recepción a través de largos procesos y las posibilidades de ser utilizados para analizar otras sociedades alejadas en el tiempo y/o el espacio. Su uso como instrumentos analíticos requiere el hacer conscientes y no perder de vista ni los deslizamientos de sentido, ni los diversos niveles de abstracción en que se puede situar el investigador para que sean válidos frente a diferentes situaciones o contextos temporales y espaciales. Exige también identificar los matices, las intenciones o concepciones encubiertas por su uso en el discurso, la carga semántica incorporada en cada contexto histórico-social.

Allí entra a jugar la traductibilidad de cada concepto, su validez para ser usado como herramienta heurística, condición que descansa en ese carácter de “identificadores semi-rígidos” señalado por Passeron. Traductibilidad que es condición esencial para poder utilizarlos en contextos para los cuales no han sido creados específicamente, pero que guardan algún tipo de analogía con el original; traductibilidad que también requiere tener en cuenta algunas connotaciones propias del conjunto de objetos a analizar, a la vez específicas y genéricas.

Conceptos como *revolución*, *Estado*, *orden público*, *poder*, *autoridad*, o cualquiera de los antes consignados, no tienen un único significado a lo largo de los procesos históricos de la humanidad. Comprenderlos exige conocer y comprender el contexto en el que han surgido, en el que se utilizan o en el que han cobrado relevancia.

Por ejemplo, en la *democracia* ateniense la categoría legal de *ciudadanos* abarcaba a una minoría, amplía en comparación con otras *poleis*, pero que excluía a los varones libres no ciudadanos, las mujeres y los esclavos. Aquellos ciudadanos ejercieron directamente el poder político y tomaron decisiones que afectaron a toda la comunidad, a través de asambleas y tribunales populares, situación posible solamente en el ámbito de un espacio y una población reducidos, en comparación con la escala moderna. Obviamente, hoy la connotación semántica de la palabra es otra, a pesar de la larga permanencia de la raíz etimológica. El trasfondo social de las democracias contemporáneas, la mayor escala de sus dimensiones territoriales y demográficas, los sistemas de representación, la existencia de los Estados nacionales, las relaciones internacionales —por señalar sólo algunos elementos— cargan al término de otras connotaciones, lo resignifican.

18 19

Los sustantivos antes mencionados —y los conceptos encerrados en ellos— son muy útiles al historiador, y en general, a los científicos sociales, pero es necesario tomar prevenciones en su utilización, resignificar su sentido en relación con el objeto que se analiza, para no caer en anacronismos, es decir, confusiones temporales que nos llevarían a ubicar o interpretar elementos fuera de la etapa histórica y/o de la sociedad concreta a la que corresponden, a distorsionar su sentido o a atribuirles —sin tomar conciencia de ello— un significado distinto del que tenían en su contexto original.

Esta tarea es teórica y metodológicamente imprescindible, y muy particularmente esencial cuando se encaran estudios comparativos de procesos análogos, ya se trate de objetos contemporáneos entre sí, ya de diferentes etapas en un mismo proceso, dentro del cual se registran continuidades o rupturas.

En ese quehacer ocupan un lugar esencial los conceptos estructurantes del conocimiento histórico, los cuales son parte integrante de ese saber. Por ello resultan imprescindibles para la comprensión de los procesos: las concepciones acerca de la causalidad y la explicación en la disciplina, la noción del tiempo histórico, la posición del historiador frente a sus fuentes...

En el trabajo del historiador, el bagaje metodológico teórico-conceptual abarca los conceptos integrados coherentemente en una hipótesis de trabajo, siempre provisoria hasta que sea validada. A pesar de las dificultades que todo lo antes señalado supone, aquel bagaje constituye la herramienta más valiosa, dado que, como dice Finley: “Sin un esquema conceptual con un fundamento teórico, la débil y poco fidedigna evidencia se presta por sí misma a la manipulación en todas las direcciones sin que haya ningún tipo de control”. Y esto es así además:

porque los documentos por sí mismos no hablan ni plantean preguntas, sino que son las preguntas significativas del historiador y su marco conceptual lo que permite establecer las relaciones y conexiones entre las partes que la mayoría de las veces se nos presentan ajenas, dispersas, incoherentes o inconexas. (1984 35 36)

El análisis histórico exige moverse pendularmente entre lo conceptual y la información extraída de las fuentes, entre la comprensión de algunas cuestiones teóricas y su identificación en las variadas situaciones específicas que se abordan.

Todo lo antes analizado constituye el sustrato necesario a partir del cual construir análisis comparativos en Historia.

La índole de la Historia como disciplina y la complejidad, riqueza y originalidad del mundo antiguo —y de cualquier otra etapa o área históricamente analizable— exigen aproximarse al campo de estudio con una metodología adecuada, un abordaje crítico de las fuentes, un instrumental propio: un marco teórico, unos conceptos y categorías específicos, cargados de historicidad, que no se aprehenden en abstracto, sino que se resignifican en el análisis de los procesos y problemas, cuya explicación se aborda mediante las herramientas adecuadas para cada caso, examinadas también históricamente.

Ello debería hacer posible desentrañar la lógica —y las lógicas— específica(s) de aquel mundo, en sus procesos de constitución y de desarticulación, y en las particularidades de cada una de sus instancias, planteo que es válido para cualquier etapa o área de estudio en los procesos históricos de la humanidad. El historiador es un investigador que no recibe pasivamente la información supuestamente “objetiva” encerrada en los testimonios, sino que se dirige a ellos con preguntas, plantea problemas, y formula hipótesis orientadoras de su “pesquisa”. Construye la Historia (en el sentido de investigación y producción historiográfica) y lo hace desde las inquietudes que le suscitan su propio tiempo, su lugar sociocultural, su proceso de formación personal y profesional.

El tiempo histórico es mucho más que una mera dimensión cronológica. En tanto es cambio, duración, simultaneidad, nos lleva a la consideración de ritmos temporales diversos, a la explicación de procesos complejos que se dan en los largos plazos.

La temporalidad constituye, entonces, una dimensión inescindible de los fenómenos sociales en general e históricos en particular. Su percepción pone en evidencia la artificiosidad de la periodización tradicional —hoy insostenible— que estuvo centrada en la búsqueda de “acontecimientos creadores de época” y en general, de hechos puntuales situados en la corta duración.

Así como lo ha hecho nuestra disciplina, las Ciencias Sociales vienen definiendo su objeto de estudio y su metodología desde finales del siglo XIX y lo continúan haciendo hasta hoy, mientras se ha avanzado en un fructífero y dinámico intercambio con la Historia. Para ésta, la concepción de su objeto ha ido cambiando profundamente, se han abierto otras problemáticas,

se han incorporado otras fuentes —todo rastro de la acción individual o colectiva de los seres humanos viviendo en sociedad— a las que antes se les había prestado escasa atención, y/o se leen diferentemente las viejas fuentes según nuevas miradas. Se ha abierto camino otra concepción del tiempo histórico —ya no simplemente la corta duración del acontecimiento, sino la larga duración de los procesos, dentro de los cuales aquel cobra sentido y es posible comprender su peculiaridad—, se han construido nuevas corrientes historiográficas. Es que el objeto de estudio se construye a lo largo del tiempo.

Muy especialmente, se han abierto los caminos hacia el trabajo mancomunado entre saberes de distinta índole. El conocimiento hoy se despliega en un mundo enormemente dinámico y profundamente interconectado, en el que las disciplinas tienen un desarrollo muy rápido y en que se desdibujan los límites entre ellas. La complejidad del presente, integrado en un tiempo histórico acelerado, instala a cada momento horizontes nuevos, de los que emergen cuestiones casi imprevisibles poco tiempo atrás. Mientras el conocimiento se constituye en una exigencia en todos los ámbitos del hacer, la investigación científica se ve impulsada hacia una especialización creciente que afecta a todas las disciplinas, inclusive en su propia interioridad. En la construcción del saber se despliega una secuencia de instancias en tensión: la especialización se torna más urgente pero a la vez entraña el riesgo de fragmentar el conocimiento y por tanto, de bloquear la integración de lo parcial en un conjunto significativo.

2021

Las ciencias que estudian y problematizan lo social no escapan a esta problemática. En su campo específico y frente a la caída de los grandes paradigmas explicativos, se insinúa la tentación de renunciar a dotar de sentido a la realidad; sin embargo, esta aspiración siempre compleja, ha sido añorada y buscada por los humanos a través de la Historia.

La necesidad de dar salida a esa tensión, de aproximarse a la comprensión del conjunto, moviliza en cada área esfuerzos por rearticular los fragmentos del saber en un cuadro más abarcativo. No sólo lo requiere la mayor complejidad de los conocimientos sino también la realidad social en la que se producen. El devenir histórico hoy plantea problemas de múltiples facetas, que no pueden ser explicados desde el campo supuestamente acotado de una única disciplina ni desde una mera superposición de miradas o una sumatoria de trozos de información.

Es así que se abren espacios que sólo pueden ser abordados desde aportes coherentemente integrados provenientes de más de una disciplina. Se generan y configuran campos compartidos, cuyos componentes provienen de diferentes orígenes, pero que una vez articulados abren grandes posibilidades creativas, adquieren un enorme potencial para sacar problemas a la luz, formular hipótesis, y consecuentemente constituir nuevos horizontes posibles en el avance del conocer. En esta aventura de “descubrimiento” cobra importancia el trabajo “en los bordes”, esas zonas poco acotadas y no siempre bien definidas, franjas marginales de las disciplinas y/o terrenos en los que compiten, se tocan o superponen, pero donde encuentran también más libertad de movimientos en la búsqueda de caminos que conduzcan más allá de los saberes ya “consagrados”, esos que han alcanzado un estatus de institucionalización y firmeza susceptible de ser cuestionado, aunque a menudo difícil de remover.

“Los bordes” son también un terreno en que se sitúan personas. Ningún investigador es inmune a los requerimientos de la sociedad y del tiempo en que vive. Lo haga o no consciente, es la experiencia del vivir socialmente, contenedora de procesos individuales y colectivos de recepción del bagaje cultural, la que crea los estímulos para identificar problemáticas, plantear preguntas, iniciar caminos de investigación que generen explicaciones para validar las hipótesis. Investigadores y equipos sensibles a las incógnitas que emergen de esas zonas algo nebulosas, generan rupturas que sólo más tarde lograrán reconocimiento en círculos académicos más amplios. Otros tiempos más largos serán necesarios para construir eslabonamientos que estimulen cambios en ámbitos extra académicos.

En cuanto a las Ciencias Sociales, analizar los procesos previos a su conformación significaría remontarnos en la larga duración a un pasado histórico en el cual se fue construyendo la tradición a la vez empírica y racional del pensamiento científico en el ámbito de ese conjunto imprecisamente llamado “Occidente”, desde el saber “universal” de los primeros filósofos, hasta los saberes especializados de nuestro mundo contemporáneo. El objeto a investigar —la unidad de lo social— requiere la especialización, pero las diversas disciplinas ya no pueden volver a estadios anteriores de independencia. Los compartimientos estancos se están disolviendo desde las últimas décadas del siglo XX.

Esta situación pone a las Ciencias Sociales —y a la Historia en particular— frente al desafío de interpretar una realidad inestable y permanentemente sacudida por los desajustes en el sistema capitalista, un sistema-mundo que ha globalizado las relaciones de poder, las fuerzas productivas, los intercambios comerciales, los intereses financieros, los medios de comunicación, las aspiraciones y modalidades (reales o potenciales) del consumo y del comportamiento masivos. También ha profundizado la destrucción de los recursos naturales, la fragmentación social, la exclusión e impotencia de vastos espacios y de multitudinarios actores sociales frente a las necesidades más básicas; ha desatado enfrentamientos atravesados por identidades étnicas y cargados de violencia material y simbólica. Todos son fenómenos complejos signados por una conflictividad expresada en procesos que a menudo parecen incontrolables.

La Historia busca construir su lugar frente a esta tensión entre la especialización y la comprensión de los grandes conjuntos, lo cual requiere de miradas que exploren territorios compartidos entre disciplinas.

En ese camino han abierto rumbos notables precursores, tanto sociólogos como historiadores. Así, los fundadores de la sociología —Karl Marx, Max Weber, Émile Durkheim— ya incorporaron la mirada histórica, necesaria para comprender los procesos sociales y dentro de ellos, las relaciones entre estructuras y acción. Sus vidas en países directamente involucrados en los grandes procesos de la revolución industrial y de la expansión del capitalismo, han constituido experiencias que estimularon sus respectivas reflexiones y contribuyeron a moldear sus respuestas.

Sería imposible inventariar tanto lo que hay de historia en sus trabajos, como sus aportes a los historiadores que los estudiaron e incorporaron problemas y categorías al diseño de su propio enfoque historiográfico y a sus investigaciones. Bastaría señalar como ejemplos, en el caso de Marx, las polémicas generadas en torno a los

modos de producción, las clases y sus conflictos en las diferentes etapas y escenarios de la historia, las discusiones acerca de la transición del feudalismo al capitalismo y más tardíamente, del esclavismo al feudalismo, o en Weber, sus estudios sobre el agro romano o sobre la ética protestante en los orígenes del capitalismo, así como su concepción de los tipos ideales como herramientas de análisis, piezas fundamentales en su construcción de una metodología comparativa.

Un ejemplo de su influencia en la historiografía es la obra de Moses Finley (1912–1988), historiador estadounidense radicado a partir de 1954 en Gran Bretaña a raíz de la campaña desatada por Mc Carthy. Buen conocedor de la escuela de Frankfurt y de Karl Polanyi, impulsó un replanteo de los estudios sobre la Antigüedad grecorromana, hasta entonces estrechamente asociados a la filología. En su análisis social es notable la influencia de Weber. Descarta la concepción marxista de “clase” y da prioridad a los conceptos de “orden” y “status”. En lo metodológico utiliza el “tipo ideal” como herramienta comparativa, asociada a una abundante ejemplificación histórica, en una línea de análisis que ahonda en el detalle significativo que vincula lo típico con lo particular. Retoma el concepto de “ciudad antigua” (que Weber había caracterizado como “ciudad de consumo”, diferenciada de la ciudad medieval y de la ciudad industrial), lo coloca en el marco significativo de la economía y la política de la Antigüedad y lo transforma en un instrumento de análisis que permite identificar algunas especificidades del mundo grecorromano (Finley 1984 48 51). La metodología comparativa también subyace en una de sus últimas obras, *Esclavitud antigua e ideología moderna*, en la que se advierte un acercamiento al marxismo, pero no por cierto a sus versiones dogmáticas.

22 23

En el planteo de Durkheim, la disciplina histórica es proveedora del indispensable material que la sociología utiliza para conocer regularidades y si fuera posible, leyes, de manera que la primera quedaría subordinada a la segunda: su estudio de las sociedades históricas busca hacer evidentes, bajo la multiplicidad de datos empíricos, las regularidades estructurales. Su sociología, en una perspectiva evolucionista, se propone un estudio comparativo de las instituciones.⁵ Su orientación al comparativismo —difundida a través de la revista *L'Année Sociologique*— tuvo un importante peso en la formación intelectual de Marc Bloch (1886–1944).

Marc Bloch y Lucien Febvre fueron fundadores de los *Annales d'Histoire économique et sociale* (1929) y de la escuela de los *Annales*, desde la cual se inició un movimiento renovador de la ciencia histórica. Sin embargo, siendo profundamente historiadores —y por ello atentos a lo diferente— la comparación que permite detectar regularidades en largos procesos temporales nunca los llevó a presuponer leyes que los rigieran ni les ocultó la existencia de las especificidades de cada caso y cada proceso.

Estos grandes renovadores de la historiografía trabajaron inicialmente desde una ubicación marginal, sobre todo Bloch, y después de su muerte y de la finalización de la segunda guerra mundial, sus sucesores lo hicieron más abiertamente ya en la segunda mitad del siglo XX. Con ellos penetró profundamente la convicción de que el objeto de la Historia no se constituye con el relato de la mera sucesión de acontecimientos y de vidas individuales —como en la “historia historizante” — sino que atiende a las grandes estructuras sociales y económicas, a las amplias configuraciones de las civilizaciones, construidas en procesos de ocupación y diseño del espacio geográfico, atravesados por la temporalidad. La sociología, la geografía, la lingüística, la antropología, tuvieron mucho que ver con estos replanteos. La historiografía detecta tendencias en la sociedad, registradas en largos procesos

comparables —algunos paralelos y análogos, comprensibles a través de la dialéctica cambio/duración— pero no pierde de vista lo específico, lo diferente.

La labor de Bloch, pionero en la escuela de los *Annales*, es clave: estamos dentro de la Historia, pero en una concepción en que la disciplina rompe fronteras, diversifica y amplía sus fuentes y métodos, mientras se abre a todo conocimiento que le posibilite una comprensión más amplia de “lo que hacen los hombres en el tiempo”. Su especialización en la investigación de la Europa feudal fue mucho más allá de ese campo: la entusiasta defensa del método comparativo, en una utilización a la vez precisa, rigurosa y creativa, abrió rumbos a la investigación aún no totalmente aprovechados por los historiadores.

Algunos lineamientos metodológicos acerca del uso de la comparación en la Historia y las Ciencias Sociales

¿Qué criterios orientan la comparación en Historia?

La metodología comparativa para la investigación en Historia y en Ciencias Sociales en general, es exigente. Se mueve en la larga duración y en niveles de generalización tales que —a partir de la definición de conceptos y categorías de análisis, la identificación de problemas y la formulación de hipótesis— se busca explicar amplios procesos en los que juegan múltiples variables, lo cual requiere trabajar con rigurosidad.

Esta necesidad de control plantea inmediatamente otras cuestiones.

¿Qué controlamos? ¿Controlamos leyes? ¿Qué tipo de leyes, ya que las Ciencias Sociales no pretenden formular leyes universales, sino leyes de probabilidad, entendidas no en el sentido estadístico sino en tanto expresan tendencias. Estas leyes son “generalizaciones (regularidades) explicantes, que implican (...) una comprensión fundada sobre causas”, es decir generalizaciones provistas de poder explicativo que expresan una regularidad (Sartori 31 41).

Luego corresponde plantear qué es comparable (respecto a qué propiedades o características) y qué no lo es (respecto a qué otras propiedades o características). Se compara entre entidades que poseen atributos en parte compartidos y en parte no compartidos y para hacerlo es necesario clasificar, es decir determinar los criterios para identificar similitudes y diferencias.

Así por ejemplo, se plantea la posibilidad de comparar la problemática de la polis griega con la de la ciudad-Estado romana en sus tiempos arcaicos, atendiendo a analogías tales como los conflictos en el interior de la comunidad cívica, la esclavitud por deudas, la lucha por la tierra y la ampliación de la participación política como derechos del ciudadano, la imprecisa definición de las categorías legales que se despliegan en un arco en el que el individuo se ubica *entre la esclavitud y la libertad*. Pero por otra parte cabe señalar las diferentes salidas planteadas en ambos casos: en el de la polis se mantiene la concepción de la ciudad autónoma, aún en las situaciones en que una pretenda ejercer la dominación sobre otras, mientras que en el caso romano, la ciudad estado se expande a partir de la conquista y los marcos políticos y jurídicos de la República, terminan estallando frente a la conformación del Imperio, inicialmente territorial y posteriormente devenido en una nueva modalidad de Estado.

La noción de “igual” es relativa. Sin embargo, dos objetos que pertenecen a la misma clase son más similares entre sí —respecto al criterio de clasificación pre-seleccionado— que los que pertenecen a otras clases. Los grados de similitud son muy elásticos: cuanto mayor sea el número de variables que defina quien clasifica, menor será su variación interna, y viceversa: de su decisión dependerá que sus clasificaciones sean más inclusivas o más estrechas (35 36).

Preguntarse *en qué aspecto(s)* algo puede ser comparable, también significa hacer conscientes y explicitar los diferentes niveles de abstracción en que quien compara se sitúa y a la vez sitúa a los objetos de su análisis.

Cometer errores en la observación de la realidad, en la conceptualización y en la clasificación de los fenómenos, puede llevar a construir un pseudo-objeto de investigación, una combinación artificiosa de elementos que no existe como tal y al respecto de la cual se formulan hipótesis imposibles de demostrar, se distorsiona la comprensión y se llega a vías muertas. Estos errores pueden nacer de estudiar un solo caso ignorando las categorías de análisis que permitirían encuadrarlo en teorías generales y creando arbitrariamente una terminología inadecuada; de clasificar incorrectamente, mezclando criterios, lo que lleva a incluir en una misma clase a entidades incompatibles; de considerar *a priori* todas las diferencias como de grado, o incluso, de recurrir al *concept stretching* o estiramiento de los conceptos, hasta diluir la significación o incluir significaciones diferentes en un mismo término (36 37).⁶

Para comparar, el investigador debe hacer opciones, explícita y conscientemente.

En primer lugar, identificar el problema de la investigación: definir qué desea saber, explicar o comprender. Las “preguntas” que se prestan mejor a la comparación son las más generales y afectan a instituciones, grupos sociales, normas, analizados en sus relaciones y en el contexto en que se forman y permanecen. Antes o después de seleccionar los casos o el período a analizar, dada la interrelación entre datos y teoría, es esencial precisar lo conceptual, para clasificar correctamente e identificar las variaciones empíricas del fenómeno en los diferentes casos.

La clasificación permite individualizar los casos comparables y usar correctamente la escala de abstracción; hacerlo

significa trasladarse desde conceptos, clases e hipótesis más generales y empíricamente inclusivos, a conceptos, clases e hipótesis más particulares y exclusivos (o viceversa) según reglas precisas de transformación: a mayor extensión o inclusividad corresponde menor intención o espacio de los atributos. (Morlino 1994 17 18)

Esto posibilita controlar sucesivamente las hipótesis: primero en el mismo nivel de abstracción para todos los casos en examen, y luego a diferentes niveles de abstracción.

Permite formular así hipótesis más generales pero frecuentemente más significativas, o bien, al contrario, articular las mismas hipótesis, especificándolas a medida que se desciende en el detalle de los casos y (que) las variables consideradas aumentan, mientras disminuyen los potenciales referentes empíricos. (17 18)

Una investigación comparativa exige una estructura teórica o al menos una serie de hipótesis relacionadas que pueden obtenerse de estudios previos. Cuanto más coherente y sólida sea esa construcción teórica, mayores serán las posibilidades de

orientar la selección de problemas y de focalizar la investigación. Teoría e hipótesis son “brújulas” conductoras que permiten afirmarse en un camino o rectificarlo si fuere necesario: una definición y un planteo del problema a estudiar, una hipótesis que sirva provisoriamente de guía y que demande una demostración o en su defecto, su modificación o el reemplazo por otra. Una misma problemática puede dar lugar a varias hipótesis, por lo cual la comparación necesita medios de control para definir cuál de ellas posee mayor valor heurístico.

Precisar los criterios de comparación, exige también definir otras decisiones:

- Cuál es el espacio, es decir la dimensión horizontal de lo que se compara: qué casos incluir en la investigación, pero también cómo concebir el espacio geográfico, construido a lo largo del tiempo en la dialéctica entre dos polos en continua tensión: los componentes naturales, los componentes sociales. Ello implica, también, precisar cuál es el espacio sociocultural.

- Cuántos casos: si el supuesto subyacente es la identificación entre la lógica de la comparación y la de la estadística, deberían ser más, pues habría que buscar variaciones para explicar más rigurosamente las relaciones causales; si, en cambio, a la comparación se le atribuye una identidad lógica exclusiva, un mayor número de casos puede aumentar las dificultades de la investigación, porque quedarían más variantes significativas fuera de las hipótesis que se desea controlar y se requeriría mayor esfuerzo para relevar datos.

- En qué tiempo, o sea la dimensión longitudinal: la extensión del período a considerar y las variables que se incluyen en él. Pueden elegirse diferentes casos simultáneos (comparación sincrónica), diferentes momentos sucesivos en un mismo proceso o casos diferentes en momentos diferentes (comparaciones diacrónicas). Las más significativas consideran el desarrollo del fenómeno estudiado en un período más bien largo y distintos casos dentro de él. Una vez seleccionado el período, pueden observarse simultáneamente la dimensión espacial y la temporal en diferentes casos. Esta definición de tiempos es mucho más que una cuestión operativa. Aunque las dimensiones a trabajar corresponden en general a procesos de larga duración, otros necesitan ser analizados articuladamente con una duración menor. Tampoco es correcto reducirse a esta última, pues implicaría quedar atrapado en lo acontecimental o lo meramente individual; en todo caso, es importante precisar el valor de lo individual, de lo fáctico, en tanto sea indicio de tendencias más prolongadas o profundas, sin negar por ello la originalidad de cada caso particular.

- Qué variables considerar: se puede disminuir su número para una mayor precisión, reduciendo el “espacio de atributos” (el conjunto de características que especifican una clase o tipo); si se ponen los casos y los datos relativos en un número menor de clases, se aumenta el nivel de generalidad, incrementando así el número de los casos pertenecientes a una cierta clase. Es fundamental identificar qué se deja afuera, qué se omite: no confundir “la parte” con “el todo”, lo que también es un medio de control. Cuando se llega a las conclusiones, retomar lo que provisoriamente quedó a un lado puede significar ponerlas en cuestión y plantear nuevos problemas.

- Cómo comparar: si subrayar las diferencias en contextos similares o hacerlo con las analogías en sistemas diferentes; si se eligen sistemas *más semejantes* (lo que supone una homogeneidad que permita dejar de lado muchas variables comunes, presuntamente irrelevantes para explicar las diferencias entre los casos) o

se trabaja con sistemas *más diferentes* (en los que todas las variables son distintas, salvo la que interesa investigar, por lo que se supone que la clave explicativa no estaría en los factores sistémicos).

· Cómo resolver el problema de la medida en que una tendencia puede soportar excepciones, dado que en Ciencias Sociales no es válida la determinación causal, sino la *indeterminación causal*: una o dos excepciones pueden debilitar una tendencia, pero no son suficientes para anularla. Para ello se puede reducir el ámbito de aplicación, precisando más las condiciones (no sólo las suficientes, sino sobre todo las necesarias); o bien reformularla de tal manera que pueda incorporar las excepciones. (Sartori 41 42)

Un área susceptible de la utilización de la metodología comparativa: el análisis histórico del mundo antiguo grecorromano

Intentaremos ahora señalar la perspectiva desde la cual concebimos este área de estudio y considerar algunos de los problemas para su abordaje y para la identificación de su especificidad. Sin pretender realizar un planteo exhaustivo, queremos indicar algunas cuestiones que hacen a la identidad del mundo antiguo mediterráneo, que posibilitan un análisis comparativo, lo que nos lleva a abordarlo como un área que es a la vez:

- una totalidad dinámica, abierta hacia transformaciones, con una lógica constitutiva propia que la diferencia de otras áreas del conocimiento histórico;
- una multiplicidad de procesos y espacios contenidos en aquella, con rasgos específicos y diferenciados dentro del conjunto.

En su construcción es posible identificar procesos análogos a la vez que diferentes, a través de los cuales se organiza un espacio con ciertas regularidades —el espacio mediterráneo— capaz de extender su dominio mucho más allá de las costas y de las tierras que son propiamente mediterráneas.

Moses Finley —uno de los más importantes historiadores del área en el siglo XX— ha señalado al respecto “la posibilidad misma de incorporar a Grecia y a Roma en un solo lenguaje”. Al analizar la política en la ciudad antigua, afirma:

Mi tema actual es la política, en especial la política de la ciudad–Estado (...) La etiqueta misma de “ciudad–Estado” implica la existencia de elementos comunes suficientes para justificar el estudio conjunto de Grecia y Roma, al menos como punto de partida (...) Cuando sigamos adelante, aparecerán variaciones más importantes junto a continuidades substanciales, que se harán más evidentes y significativas gracias a la comparación grecorromana, que si se estrechase el campo de observación a una u otra. (1986 24 25)

Pero como esa totalidad encierra dentro de sí notables contrastes, también es necesario estudiar conjuntos y procesos temporal y espacialmente diferenciados, en los cuales se constituyen estructuras productivas, relaciones sociales, modos de ejercicio y justificación del poder, formas de control social, representaciones simbólicas...

Las analogías —identificadas a partir de criterios precisados rigurosamente— permiten realizar análisis comparativos entre el caso griego y el romano, señalando líneas comunes, pero también componentes diferenciales, realidades totalmente específicas.⁷

Entre los elementos que permiten pensar el área como una unidad que a la vez encierra diversidades, señalamos:

- El espacio mediterráneo, uno y múltiple: el mar, posibilitador de contactos; las tierras, con sus recursos y limitaciones; las sociedades frente a sus posibilidades y exigencias. Esto no impide identificar diferencias a lo largo del tiempo y señalar la época de plenitud del imperio romano como la de mayor integración a nivel político-territorial y sociocultural.
- La economía antigua: la base agraria, la propiedad privada de la tierra (principal medio de producción), las relaciones sociales, la producción y la circulación de los bienes, todo lo cual alcanza una escala más amplia, compleja y diversa en el mundo romano que en tiempos de la polis.
- Las necesidades de fuerza de trabajo y sus diferentes modalidades: trabajo libre, trabajo obligatorio, trabajo dependiente no esclavista, esclavitud, sistema esclavista, teniendo en cuenta que este último no abarca ni todos los territorios ni existe en todas las épocas, pero también que llega a su máxima expresión en tiempos de la República tardía y del Alto Imperio.
- La sociedad y el Estado:
 - La comunidad cívica: la relación ciudadanía/proiedad de la tierra.
 - La ciudad como ámbito de ejercicio del poder político y espacio de confrontación entre los ciudadanos: las luchas por la tierra, por la abolición de la esclavitud por deudas, por la ampliación de los derechos de la ciudadanía. Los diferentes sistemas políticos: la polis, la ciudad helenística, la ciudad estado romana, la capital imperial y las ciudades del imperio.
 - La ciudad como centro de consumo, de recaudación tributaria, de intercambios, de redistribución jerárquica de bienes económicos y culturales.
 - La ciudad como espacio de construcción cultural, símbolo y marco necesario de la civilización, vinculado de diversas maneras con el poder.
 - La dominación sobre el área rural, sobre los ciudadanos y los no ciudadanos, sobre libres y esclavos y, según las épocas, sobre el imperio en sus dimensiones territoriales y marítimas.
 - El imperio, la guerra, la expansión, sus modalidades, escalas y límites: el imperio ateniense, el alejandrino, el romano.
 - Las continuidades y las diferencias entre las creaciones culturales del mundo griego, del helenístico, del romano y del romanizado.

Los rasgos antes señalados permiten identificar objetos de análisis y estudiarlos comparativamente en sus más amplias estructuras y etapas que implican líneas de continuidades y rupturas a lo largo del tiempo.

Hacia mediados del siglo XX, la emergencia de nuevos actores sociales en la realidad histórica presente, ha abierto también para el mundo antiguo, nuevas perspectivas e intereses para observar las diversidades, tales como los sectores subalternos, las cuestiones de género, los pueblos “bárbaros”, las diferencias regionales, aun dentro de aquellas épocas que han sido estudiadas tradicionalmente como homogéneas o signadas por una cultura universal, como es el caso del Alto Imperio. Mirar hacia las áreas relativamente marginales —como el Oriente me-

diterráneo— es también mirar hacia lo distinto, en este caso hacia un espacio de excepcional relevancia en la conformación del mundo grecorromano.

En el campo de los estudios del mundo antiguo grecorromano, ya hemos señalado la obra de Moses Finley, conocedor de la obra de Bloch, pero más consustanciado —al menos durante una significativa etapa de su tarea de investigación— con la línea de Max Weber. Así, por ejemplo, ha trabajado comparativamente en cuanto a la ciudad antigua, la economía de la antigüedad, el nacimiento de la política en la ciudad-Estado griega y romana, la formación y desintegración del sistema esclavista.

Cabe también señalar los numerosos trabajos que analizan la problemática del género o utilizan un enfoque antropológico, tales como los de Michel Detienne, Jean-Paul Vernant o Nicole Loraux, entre otros tantos.

28 29

Un ensayo de comparación en la antigüedad: Plutarco y sus *Vidas Paralelas*

La obra de Plutarco pone de manifiesto la doble pertenencia griega y latina de su bagaje cultural, a la vez que su aceptación de los valores de la romanidad. Forma parte del conjunto de representaciones simbólicas construidas por los sectores letrados urbanos del Alto Imperio romano en torno al pasado y a los personajes emblemáticos de su sociedad, y adquiere sentido en relación con aquél.

En las *Vidas paralelas*, Plutarco opta por la biografía y organiza cronológicamente el relato de las vidas de los personajes que selecciona entre los que ya forman parte de la memoria colectiva, acumulada y conservada por las *élites* urbanas. Así marca la diferencia entre *Historia* y *Biografía*:

Porque no escribimos historias, sino vidas; ni es en las acciones más ruidosas en las que se manifiestan la virtud o el vicio, sino que muchas veces un hecho de un momento, un dicho agudo y una niñería sirven más para pintar un carácter que batallas en que mueren millares de hombres, numerosos ejércitos y sitios de ciudades. (*Alej.* I-II)

Se inserta en la ya larga tradición historiográfica grecohelenística, que después de un largo proceso de transmisión y elaboración —en el cual se practicó la compilación de textos de diversos autores y se desarrolló la biografía como género vinculado a la historia pero a la vez diferente de ella— le provee de materiales, temas, personajes, estilo, procedimientos de composición.⁸ Usa textos de escritores anteriores, rescatados por eruditos e historiadores, cuyas autorías —siguiendo una actitud corriente en los antiguos— no siempre considera necesario citar, lo que ocasiona problemas al investigador de hoy para establecerlas fehacientemente.

Entre los criterios —algunos explícitos y otros no— manejados por el autor para componer sus *Vidas* y efectuar sus comparaciones, podemos señalar:

- La selección de pares de grandes personajes del ámbito político y militar —cuyas vidas reelabora mientras contraponen un ejemplo griego a otro romano— indica la percepción de la integración del mundo latino y del griego en un solo universo cultural, ecuménico a la medida de su tiempo. A la vez, la valoración de ambas herencias —la de la ciudad conquistadora y la de las ciudades conquistadas— muestra

la voluntad de colocarlas al mismo nivel: lo griego no está subordinado a lo romano, a pesar de la dominación política imperial, aceptada de hecho y no discutida. Incluso el idioma utilizado pone de relieve la significación de la herencia griega.

- Los propósitos, implícitos y explícitos de la obra: la presentación de la figura del héroe en el que se reúnen las virtudes cívicas y las cualidades militares.⁹
- Sus fines moralizantes:

Así como al ojo le es conveniente aquel color que (...) excita y recrea la vista, así también conviene emplear la inteligencia en objetos que con recreo la inclinen hacia el bien que le es natural y propio. Tales son las obras y acciones virtuosas que con sólo que se refieran engendran cierto deseo y prontitud capaces de conducir a su imitación (...) porque en las cosas de la virtud (lo que nos complace es la ejecución) (...) y es que lo honesto mueve prácticamente y produce al punto un conato práctico y moral. (*Per. I*).

Esto le lleva a poner de relieve virtudes vinculadas al “mos maiorum”: el patriotismo, el valor, la abnegación, la piedad hacia los dioses y los antepasados, la fidelidad a la palabra empeñada y a los superiores intereses de la polis, la ciudad-Estado romana y el Estado imperial, según corresponda al personaje que retrata. Se trata de una moral de la distancia social, condición propia de quienes son miembros de la élite dirigente, o al menos pensante, de las ciudades del Imperio, y que los hace dignos de ser superiores a los sectores subalternos de la sociedad y de ejercer la autoridad sobre ellos.

En la selección de sus personajes se expresan los valores aristocratizantes que comparte y que les asigna, como el *incorruptible* Pericles y el *prudente* Fabio Máximo, lo que es acompañado de apreciaciones despectivas acerca del *demos* y de la *plebe*. Así, al referirse al primero consigna que:

muchos han escrito que bajo él fue por la primera vez seducida la plebe (...) se la acostumbró mal, y se hizo pródiga e indócil, de templada y laboriosa que antes era (...) recurrió al repartimiento de los caudales públicos. (...) Con las dádivas, pues, para los teatros y para los juicios y con otros premios y diversiones corrompió la muchedumbre. (*Per. IX*)

En este caso, ha puesto a la par a dos héroes cívico-militares que contribuyeron a construir la dominación de sus respectivas ciudades-Estado más allá de sus territorios originales, tema que hoy nos llevaría al análisis de las relaciones entre poder político, dominación y guerra. Al respecto, manifiesta claramente sus objetivos: se trata de “varones parecidos entre sí en otras virtudes, pero muy especialmente en la mansedumbre y la justicia y en haber sido ambos muy útiles a sus patrias con saber llevar las injusticias de los pueblos y de sus colegas” (*Per. II*).

En el caso de Pericles recurre principalmente a la *Historia* de Tucídides. Pero éste va mucho más allá, su mirada es diferente: se centra en su concepción de la Historia, que exige el análisis de los hechos que le son contemporáneos y de los que ha participado. La guerra del Peloponeso entre las *poleis* griegas le permite reflexionar sobre la conflictividad intrínseca a la sociedad, estudiar el poder y explicar racionalmente las causas del ascenso y desarticulación del Imperio ateniense, en cuyo marco sitúa y analiza a Pericles, hasta su muerte en los primeros años de la guerra.¹⁰ En cambio, Plutarco recorta y utiliza esos textos con el propósito de destacar lo que él estima méritos personales y ejemplificadores de Pericles.

En el caso de Fabio Máximo, cónsul romano y jefe de los ejércitos republicanos, designado dictador para afrontar la invasión de Italia por Aníbal en la segunda Guerra Púnica, sus fuentes están en la tradición analística romana.¹¹ Plutarco narra los acontecimientos militares, que identifica con la Historia, pero su preocupación es destacar el patriotismo de Fabio, cuyas virtudes vincula a la dignidad del patriado y del ejercicio de las magistraturas: “nosotros y nuestros ascendientes hemos contribuido a la grandeza romana, poniendo siempre a los padres y a los hijos en segundo lugar después del bien de la patria” (Comp. *Per.* y *Fab.* III).

Sus comparaciones apuntan a rasgos individuales, con una conciencia que hoy consideraríamos limitada y condicionada acerca de las diferencias entre los tiempos sociales vividos por ambos personajes. El punto de partida es que ambos han dejado notables ejemplos de virtud en lo militar —su accionar en las batallas— y en lo político —su desenvolvimiento en las funciones de conducción de la ciudad—, así como su honestidad en el manejo de los recursos públicos.

30 31

Su búsqueda a menudo forzada de paralelismos entre los personajes, a partir de rasgos de su conducta o de episodios de su vida, lleva a algunas distorsiones, pero permite detectar sus propósitos y la inserción de su obra en el vasto conglomerado de la ideología imperial. Así, no es casual el paralelo entre Alejandro y Julio César, o entre Demóstenes y Cicerón.

Tampoco lo es la conformación del par Teseo-Rómulo, los fundadores míticos de Atenas y Roma, respectivamente. Rómulo, en particular, es un ejemplo de reelaboración de los mitos fundacionales de Roma, y de uso del pasado para justificar la conquista, la dominación de territorios, así como la asimilación de los vencidos.

Resulta interesante destacar también las proyecciones que tuvo la obra con posterioridad a la vida del autor, en la educación de muchas generaciones de dirigentes romanos, e inclusive de los tiempos modernos. Un análisis al respecto de esto último nos llevaría muy lejos en el estudio de los mecanismos de transmisión y de recreación de la memoria histórica, así como de las posibilidades de que ella haya contribuido a forjar, en otros contextos, nuevas representaciones de la realidad.

A partir de su posición sociocultural que ya hemos caracterizado, se plantea para la disciplina histórica el problema metodológico de cómo abordar esos textos y cómo establecer los parámetros de comparación que nos permitan analizarlos como fuentes. Para ello se hace imprescindible tener en cuenta, a la vez, la variedad de materiales utilizados por Plutarco, su procedencia de distintos autores, sociedades y tiempos. Es necesario no perder de vista la relación estrecha entre cultura y sociedad, cambiante a lo largo del tiempo y que aquella variedad de componentes ofrece.

En este sentido, la metodología comparativa ofrece la posibilidad de entrecruzar las diferentes miradas de las fuentes antiguas sobre los mismos personajes.

En las *Vidas Paralelas* cabe analizar cómo un griego de la elite imperial provinciana, expresa en su mirada del pasado, su concepción sobre el presente imperial, los valores de los que es heredero y que a la vez comparte. Valores que refuerzan y legitiman la posición, a la vez, de los sectores dominantes en una sociedad jerárquica y la defensa del valor de lo griego dentro del sistema de dominación imperial.

Conclusión

Desde diversas modalidades de abordaje, la Historia y en general, las Ciencias Sociales, están hoy explorando y abriendo espacios integradores. El creciente y diversificado ámbito de trabajo y la necesidad de explicar fenómenos complejos recurriendo a las lógicas analíticas de disciplinas que comparten los procesos sociales en el tiempo como terreno común de su trabajo, pone en descubierto la imposibilidad de que un investigador individual aislado pueda manejar conocimientos, metodologías y tiempos materiales de dedicación tan amplios como lo exigen las grandes comparaciones y el análisis multicausal.

Cualquiera sea el área a trabajar, la formación de equipos de trabajo adquiere importancia no sólo a los efectos prácticos, sino también como instancia generadora del enriquecimiento de los planteos. Así por ejemplo, el mundo griego ofrece una gran riqueza de posibilidades para estudiarlo con una mirada integradora recurriendo a sus diferentes expresiones, analizadas desde la perspectiva de la literatura, la historia del arte, la ciencia política, la filosofía entre otras.

La realidad de hoy pone en la agenda de trabajo de las Ciencias Sociales la exigencia de comprender sistémica e históricamente el mundo, de manera que no podemos imaginar la construcción de cualquier análisis válido de los procesos históricos del pasado, independientemente de las preguntas y problemas que el vivir en un mundo globalizado y cambiante estimulan las inquietudes del historiador y de las disciplinas que desde distintos ángulos estudian lo social.

El trabajo compartido con las distintas disciplinas que estudian lo sociocultural, encierra el potencial para que miradas atentas y críticas enfrenen ese desafío y contribuyan a generar explicaciones superadoras de las limitaciones de toda disciplina que trabaje en soledad.

Nos enfrentamos por tanto al desafío de integrar multidisciplinariamente el conocimiento a través de una metodología comparativa que permita comprender los procesos socioculturales en la historia, dentro de los cuales y en cuyo contexto, cobra sentido el análisis de las fuentes. Este es el horizonte metodológico frente al cual nos situamos para abordar el estudio de las *Vidas Paralelas* como ejemplo de análisis comparativo.

Notas

¹ El nombre original de la obra es *Apologie pour l'Histoire ou Métier d'Historien* (*Apología para la Historia o el oficio de historiador*). Por cierto que, en lo que se refiere a esta temática, el sustantivo “hombres” es un término desprovisto de toda connotación de género, y abarca por igual a “hombres” y “mujeres”.

² Para Cornelius Castoriadis, toda sociedad instituye un poder explícito, vinculado a lo político, el cual “reposa esencialmente no en la coerción (...) sino sobre la interiorización, por los individuos socialmente fabricados, de las significaciones instituidas por la sociedad considerada”. Comprender cómo en cada sociedad se produce esta relación dinámica, es adentrarnos en la aprehensión de componentes esenciales de su especificidad. Esa interiorización se opera por caminos diferentes y registra distintas modalidades, según se trate, en el proceso histórico, de una

sociedad *autónoma* o una sociedad *heterónoma*. Las *sociedades heterónomas* adhieren a un mundo de significaciones cerrado, sacralizado, en el que es y siempre ha sido válido lo ya instituido y recibido como tal: un conjunto de significaciones clausuradas, que encuentran su fundamento en algo postulado como superior y situado fuera de sí mismas. En cambio, las *sociedades autónomas* generan la ruptura de esa clausura. Se instituyen en la interrogación, en el cuestionamiento de las significaciones, instituciones y representaciones dadas de antemano, liberando así su potencial de creación de *significaciones imaginarias sociales* nuevas.

³ “Las viejas crónicas solían estar dedicadas a narrar las gestas de los reyes y magnates. Estos eran los únicos hombres que contaban, puesto que se suponía que con su actuación marcaban el rumbo de la Historia, en la que a los demás, no les quedaba otro papel que el de comparsas. (...) [una] historia, que todo lo reduce a la actuación de los primeros actores” (Fontana 32 33).

32 33

⁴ Por ejemplo, atribuir la caída del Imperio Romano de Occidente a las invasiones bárbaras, y más puntualmente señalar la ocupación de la ciudad de Roma en el 476 d. C. como el fin del mundo antiguo. Ante problemáticas como éstas, las categorías de “transición” y de “Antigüedad Tardía” posibilitan comprender diferentemente la causalidad, la temporalidad y los problemas de periodización; en suma, la complejidad de los grandes cambios históricos.

⁵ La concepción de Durkheim y de sus seguidores, se enfrenta tanto con la de la “historia historizante” (que pretende reconstruir los hechos “tal como sucedieron” en una sociedad determinada), como con aquella otra que construye modelos abstractos para interpretar la realidad empírica.

⁶ El riesgo de las generalizaciones no ajustadas a una metodología de control, puede dar lugar a entelequias compuestas por fragmentos yuxtapuestos cuya sumatoria no tiene ningún correlato en la realidad. Las distorsiones ocurren en ciertos usos vulgares de la comparación, cargados de intencionalidad manifiesta o subyacente, que observamos a diario en argumentos que intentan legitimar o defender intereses diversos o posiciones políticas, en expresiones de los medios de comunicación masiva e inclusive en las relaciones de la vida cotidiana. Cobran peso en tanto contribuyen a consolidar supuestos y a moldear mecanismos de pensamiento y acción individuales y colectivos que se asumen acríticamente, incluso unidos a una carga emocional y que por lo tanto resultan difíciles de modificar. El presente de nuestro país sobreabunda en ejemplos de este tipo.

⁷ Al respecto del uso del método comparativo en Historia, ver: Cardoso y Pérez Brignoli (339 346).

⁸ Señala Momigliano que en la etapa helenística, “el período de mandato de un soberano se convirtió en unidad natural de la historia política: la historia se fue haciendo paulatinamente biográfica” (179).

⁹ Ciertamente, nos hallamos muy lejos de la concepción del héroe homérico, agigantado por el mito.

¹⁰ La construcción del Imperio ateniense comienza ya durante las guerras Médicas. La guerra del Peloponeso se extiende entre 431 y 404 a.C. Pericles murió en el 429 a.C.

¹¹ La segunda guerra púnica se extiende entre el 218 y 201 a.C.

Bibliografía

BLOCH, M. (1957) *Introducción a la Historia*. México: Fondo de Cultura Económica. (Nombre del original francés: *Apologie pour l'Histoire ou Métier d'Historien*).

“Por una historia comparada de las sociedades europeas”. *Marc Bloch. Una historia viva*. Godoy, G. y E. Hourcade. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1992. 63–98.

BOBBIO, N. (1998) *Estado, gobierno y sociedad. Por una teoría general de la política*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

CARDOSO, C. y H. PÉREZ BRIGNOLI (1977) *Los métodos de la Historia*. Barcelona: Crítica.

CASTORIADIS, C. (1997) *El Avance de la Insignificancia*. Buenos Aires: Eudeba.

FINLEY, M. (1982) *Esclavitud antigua e ideología moderna*. Barcelona: Crítica.

(1984) *La Grecia antigua: economía y sociedad*. Barcelona: Crítica.

(1986) *El nacimiento de la política*. Barcelona: Crítica.

FONTANA, J. (1973) *La historia*. Barcelona: Salvat.

MILIA, M.L. “La Sociología Histórica, una respuesta a un desafío: explicar estructuras y procesos complejos comparables en el tiempo”. *e-I@tina, Revista electrónica de estudios latinoamericanos* 24. Volumen 6. (2008) <http://www.iigg.fsoc.uba.ar/elatina.htm>

MILIA, M.L. y C. LIZÁRRAGA (2007) *El mundo antiguo grecorromano. Una guía para su abordaje*. Santa Fe: Ediciones UNL.

(2008): *El mundo antiguo grecorromano. Una guía para su abordaje*. Santa Fe: Ediciones UNL.

MOMIGLIANO, A. “Historia y biografía”. *El legado de Grecia*. M. Finley, editor. Barcelona, Crítica, 1983.

MORLINO, L. “Problemas y opciones en la comparación”. *La comparación en las ciencias sociales*. Sartori, G. y L. Morlino, compiladores. Madrid: Alianza, 1994.

PASSERON, J.-C. “Historia y sociología: identidad social e identidad lógica de una disciplina”. *Historia/Sociología/Sociología Histórica*. W. Ansaldi, compilador. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1994.

PLUTARCO *Vidas paralelas*. “Alejandro–César”. “Pericles–Fabio Máximo”. “Alcibiades–Coriolano”. Madrid: Cátedra, 1999. Edición y traducción al español de E. Crespo.

SARTORI, G. “Comparación y método comparativo”. *La comparación en las ciencias sociales*. Sartori, G. y L. Morlino, compiladores. Madrid: Alianza, 1994.

Milia, María Leonor y Claudio Lizárraga

“La problemática de la comparación en la Historia”, en: *El hilo de la fábula*, Revista anual del Centro de Estudios Comparados, N° Once. Santa Fe, Argentina, edicionesUNL, 2011, pp. 13-34.